

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSO PRONUNCIADO POR

D. César Cort

El día 20 de junio de 1940, con motivo de su recepción,

SOBRE EL TEMA

“MORFOLOGÍA  
DE LAS GRANDES URBES”

Y

CONTESTACIÓN DEL

Excmo. Sr. D. Modesto López Otero  
ACADÉMICO DE NÚMERO



MADRID

1940





REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSO PRONUNCIADO POR

D. César Cort

El día 20 de junio de 1940, con motivo de su recepción,

SOBRE EL TEMA

“MORFOLOGÍA  
DE LAS GRANDES URBES”

Y

CONTESTACIÓN DEL

Excmo. Sr. D. Modesto López Otero  
ACADÉMICO DE NÚMERO



MADRID

1940

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSO PRONUNCIADO POR

D. César Corti

El día 20 de junio de 1894, con motivo de su recepción.

SOBRE EL TEMA

"MORFOLOGIA  
DE LAS GRANDES URBS"

CONTESTACIÓN DEL

Excmo. Sr. D. Modesto López Otero  
Académico de número



MADRID

DISCURSO  
DE  
D. CÉSAR CORT





Señores Académicos :

Si la gratitud, el más delicado de los sentimientos que pueden encontrar cómodo refugio en los pechos nobles, ha de exteriorizarse por razón natural en todas aquellas ocasiones en que se recibe alguna merced o especial consideración, siquiera sean justas o debidas, puede fácilmente imaginarse cuál habrá de ser la mía y cuánto mi embarazo al pretender expresarla con torpe y menguada palabra, sabiendo como sé que sin mérito alguno, y sólo por la graciosa bondad de vuestras excelencias, me veo elevado a este glorioso lugar, recibido con honores y en trance de colaboración con insignes y queridos maestros en el afán diario, practicado con emulación porfiada, de vigilar, perfeccionar y enaltecer la pureza, el mantenimiento y la difusión de las Bellas Artes.

No quiero concretarme a dar las gracias a la Corporación, públicamente, con toda la efusión que corresponde a tan sincero y profundo sentir por mi designación, que es capaz de colmar las aspiraciones más ambiciosas, sino que deseo aprovechar esta primera oportunidad para corresponder a tanta gentileza, con la promesa solemne de trabajar activamente en cuantas misiones me sean confiadas, que serán todas ellas renovación de motivos de agradecimiento.

La desgraciada coyuntura que ha padecido España en estos últimos años arrebató la vida en período de madurez a uno de los más ilustres arquitectos de nuestra época, cuyos copiosos y meritísimos trabajos profesionales traspusieron muchas veces los estrechos límites del marco nacional.

Anasagasti, que había dedicado toda su vida a laborar con perseverante entusiasmo por el mejoramiento de España, no logró ver la aurora de las nuevas ilusiones, porque su cuerpo, fatigado prematuramente con el ajetreo abrumador de sus desvelos profesionales, no pudo vencer las terribles privaciones físicas a que se vieron sometidos gran parte de los españoles disidentes del soez materialismo dominante, ni los sufrimientos espirituales, cien veces peores, que atormentaron a tantas víctimas de la barbarie, hasta el momento, muchas veces ansiado, en que el alma conseguía desprenderse de las ligaduras corporales. La privilegiada situación de su hogar y de su laboratorio, para tiempos de paz, en cuyos ventanales quedaban encuadradas las maravillosas perspectivas de la Sierra tan cultivadas por Velázquez, fué la más desdichada para la guerra. El Parque del Oeste y el paseo de Rosales sufrieron desde el principio los rigores de la lucha. Y Anasagasti tuvo que abandonar su domicilio.

Aquel mes de julio, excepcional, teníamos, excepcionalmente también, unos trabajos en la Escuela, a la que él dedicaba su atención predilecta. Nos veíamos a menudo. Soñábamos en que la feliz coincidencia entre el nuevo plan de estudios para la enseñanza de la Arquitectura y el flamante edificio que inauguramos en la Ciudad Universitaria—en esa obra maestra de López Otero, santificada como teatro de la heroica Cruzada—, con todos los medios apetecibles para trabajar con fruto, tendría que producir necesariamente una mejora profunda en las condiciones de las viviendas y en la edificación futura. Precisamente el motivo de nuestras reuniones era el de juzgar los ejercicios de los aspirantes a profesores auxiliares. Y queríamos cerciorarnos de que se trataba de gentes que sentían interés verdadero por la cátedra, que eran capaces de dedicarse al profesorado como sacerdocio y que no iban a la busca de un punto de apoyo económico que, completado con otros, les permitiese vivir tomando al Estado como nodriza; una nodriza que, de hacer caso a la

denominación en boga para estas sinecuras, habría que considerarla más bien como central hidroeléctrica.

Aquella tarea no pudimos completarla. Llegó el 18 de julio de 1936 en vísperas de las últimas reuniones, que ya no pudieron celebrarse. No le volví a ver. En la reclusión, ansioso de noticias de amigos queridos, supe que iba a dar una conferencia radiada sobre un tema de urbanología. Le comprendí perfectamente. Un espíritu cristiano como el suyo no podía buscar, en medio de aquel ambiente de odios, persecuciones y venganzas, materia más humana, más oportuna y más digna: la reconstrucción. Hay en muchas poblaciones devastadas casas mal hechas, que nadie quisiera ver repetidas. Aprovechemos la desgracia de la guerra para que al reconstruir nuestras ciudades respondan a las necesidades de sus funciones. ¡Cuántas obras no pueden emprenderse por dificultades económicas y sociales que allana la guerra con su furia incontenible! Lo que antes era imposible, ahora es fácil de llevar a efecto. Estemos preparados para incorporar al resurgir de la Patria con todas las ventajas que proporciona el conocimiento de sus problemas, la decisión de acometerlos y la competencia para hallar soluciones factibles y convenientes. Este era sin duda su pensamiento, con el cual me siento identificado. No pude oírle, pero estoy seguro de que éstas serían sus conclusiones, dichas en su tono tajante y en su estilo recortado y conciso.

Me acordaba de una intervención suya en unos exámenes de mi asignatura, la única vez que examiné en el nuevo edificio. Él, que hablaba siempre de la supresión de los exámenes; que escribió un libro, «La enseñanza de la Arquitectura», donde trata extensamente de la materia, y que no era muy partidario de los libros de texto, vió que el alumno no estaba todo lo brillante que desea siempre el que va a examinar, en contra de lo que creen los que se examinan y los amigos o allegados que le procuran recomendaciones, como si el hecho de saber o no una materia tuviese relación con tales epístolas; y le hizo esta pregunta:

—¿Conoce usted el libro del profesor de la asignatura?

—Sí, señor—contestó el alumno, sin gran convencimiento.

—¿Cómo se titula?

Aquí fracasó toda la imaginación del examinado, todo el programa y todas las iluminaciones que pudieran avalarlo.

—Pues si usted hubiera leído el libro del profesor—concluyó Anasagasti—, sabría todas esas cosas que no sabe, porque allí las tiene perfectamente explicadas.

Era así de claro para expresar lo que sentía, y ante el micrófono y ante el mundo entero, él diría la íntima verdad de sus convencimientos.

El destino ha hecho que venga a sustituirle en este puesto quien tiene del deber de decir la verdad un concepto semejante. Y en verdad que quiero rendir a su memoria el testimonio de la más alta estimación y llorar como una grandísima pérdida para el arte universal la del amigo querido y compañero entrañable, con toda la solemnidad que merece una vida sin tacha, dedicada por completo al mejoramiento de la arquitectura y al progreso de la Nación.

## MORFOLOGIA DE LAS GRANDES URBES

Las grandes capitales del mundo, que poseen atractivos sobrados para mantener sin interrupción y tiempo dilatado la admiración y hasta el asombro de los visitantes, tanto por la magnificencia de su arquitectura, la grandiosidad de sus vías públicas y la belleza de sus parques y jardines, como por la inmensidad de su extensión territorial, difícilmente podrían sufrir un leve examen crítico que pretendiese tan sólo paragonar los resultados obtenidos con los propósitos que deben inspirar a quienes se agrupan en una entidad urbana en busca de las ventajas que puede proporcionar a los hombres la sociedad civil.

No es tarea fácil la de despojarse previamente de toda clase de prejuicios en favor de las poblaciones, tal como las hemos encontrado, para situarse en los sucesivos puntos de vista desde los cuales ha de sorprenderse el mecanismo cívico, libres de aquellas particulares afecciones o tendencias, capaces de nublar la inteligencia o falsear el enjuiciamiento. El ambiente en que se nace, y especialmente el que rodea a la primera juventud, durante la cual se va moldeando unas veces y modelando otras la personalidad humana, tiene tal influencia sobre la formación del criterio, que la apreciación de un mismo problema por la gente de diverso origen da lugar a conclusiones de desconcertante disparidad. Sin buscar el caso extremo de razas que pueblen lugares apartados, con diferencias profundas de climas, costumbres y religión, se comprueba dentro de un mismo país el contraste violento de la reacción desigual ante un fenómeno o un hecho cualquiera entre los que habitan las ciudades o viven dispersos por los campos. Las grandes capitales han creado un tipo espe-

cial de ciudadano ignorante de la naturaleza, a la que se suele asomar de vez en cuando por una ventana, protegida por los vidrios deformadores de los prejuicios civiles. ¡Cuánto se ha hablado desde la ciudad con respecto a los problemas del campo! ¡Y qué pocos disparates inéditos quedarán a este propósito! Desde los poetas hasta los reformadores sociales, no hay uno solo que haya tratado a la naturaleza con la consideración merecida. La pedantería del hombre urbano, poseído de su superioridad para enjuiciar todas las cuestiones de la vida, no le permite descender con humilde disposición hasta el plano inferior, en que se palpan las sencillas verdades axiomáticas. Se ensalza a las hormigas por su laboriosidad y previsión para vituperar la filarmónica holgazanería de la cigarra, y toda su música de un verano no causa a las plantas y a los frutos el daño que los afanes de un solo día de aquellas especies enaltecidas. Se habla de la miseria del campo y del daño de los latifundios, y no se permite que aumente el precio del pan, y se estimula el minifundismo, con el consiguiente aumento de costo en las explotaciones agrícolas.

Los vecinos de las grandes poblaciones se consideran siempre como seres más perfectos y se ríen, con frecuencia, de la simpleza de los rústicos patanes. Es posible que el hombre de la aldea ignore más cosas que el de la ciudad, pero no siempre es el número lo que importa, sino la calidad. Y probablemente la proximidad de la naturaleza contribuye a enseñar mejor las cosas verdaderas, que son las más necesarias. Maravilla comprobar el desconocimiento que se suele tener en las grandes ciudades de lo que es el campo. Aun entre personas cultas, es frecuente encontrar gente que sabe de agricultura menos que el más torpe gañán. Aquella decoración teatral que exponía en el fondo del mar las langostas coloradas, como en el escaparate de un restorán, no chocaba nada a los espectadores urbanos de tierra adentro, que de insinuar algún reproche hubiera sido probablemente por la ausencia de los envases de hojalata.

No quiere esto decir que el aldeano sea una mentalidad superior, pero tiene, por lo menos, la ventaja de reconocer tácitamente su insignificancia, lo que hace que se comporte con cautela y, a veces, con malicia. Cuando visita la ciudad, donde en-

cuentra a tantos preparados para lucrarse con su ignorancia o candidez, suele formar un mal concepto de ella, aunque le deslumbré su grandeza, y si es de edad madura, vuelve a su tierra llevando en el fondo de su alma el convencimiento de que en su casa se vive mejor. Está bien el estruendo y la suntuosidad de la capital para unos días, pero es mucho trajín para ocupar la vida entera. ¡Ya quisieran los que se burlaban de su atuendo y su cicatería vivir como vive el patán! Mejor comido, mayor tranquilidad, menos preocupaciones y más certera ambición. No es el mal vivir del empleado en casa misérrima y mesa vacía, que gasta en aparentar lo que no tiene para comer.

Los grandes políticos no han nacido por lo común en las extensas aglomeraciones urbanas, sino que, a semejanza de aquellos patricios romanos que soltaban la esteva para empuñar la espada, han triunfado en la ciudad por conocer a fondo los verdaderos problemas de la vida en el campo. Solamente los creadores de las doctrinas disolventes, que han sumido al mundo en tanta desgracia como estamos presenciando, florecieron en la ciudad como productos patológicos de una comunidad descompuesta por las propagandas materialistas que han hallado eco y estímulo en todos los estratos sociales, ignorantes hasta en la sabiduría de las verdades elementales sobre las que ha de apoyarse siempre la paz entre los hombres.

Las ciudades se han dejado llevar por un afán frenético de expansión, sin pensar en sus consecuencias ni ordenar la evolución sistematizada de sus continentes. Cuando se dieron cuenta de la monstruosa deformación de sus estructuras, era ya tarde para poner remedio eficaz.

El estudio metódico y profundo de la manera de ser y de funcionar las aglomeraciones urbanas lo inició en España don Ildefonso Cerdá, al mediar el siglo XIX, cuando se empezaban a observar en el mundo los inconvenientes del crecimiento desordenado de las grandes urbes y todavía no se habían publicado tratados de esta materia; puede reputarse su obra «Tratado de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas al ensanche de Barcelona» como la primera en su género. Las reformas de París de acuerdo con los planes de Hénard comenzaron por aquella época. Y la obra de Stübben,

«Der Städtebau», no se publicó en Alemania hasta el año 1893.

El empleo del vapor como fuerza motriz, primero, y la difusión de la electricidad, después, transformaron radicalmente las industrias, que, alojadas en centros urbanos importantes, produjeron un rapidísimo crecimiento de la edificación, aunque no acompañada con la atracción creciente que los jornales elevados ejercían sobre la población rural. El suelo creció portentosamente de valor. Los terrenos que las gentes aun no viejas conocieron destinados a la agricultura, se transformaron en solares y se vendían a precios fabulosos. La especulación con el suelo fué la única política territorial que siguieron las poblaciones, dejándose llevar hacia uno u otro lado a merced, tan sólo, de los intereses de los particulares.

Junto con la industria, adquirió importancia el comercio, y los edificios para las manufacturas y para las operaciones mercantiles desalojaron poco a poco a los vecinos de los barrios que se habían construído para viviendas, con el doble perjuicio de dejar sin albergue adecuado a las grandes masas de población y de forzar el hacinamiento de las actividades industriales y comerciales en calles que no reunían amplitud para soportar el nuevo servicio que se les imponía.

La celeridad del desarrollo no dió ocasión de percatarse del daño que se ocasionaba al funcionamiento normal del organismo urbano. La falta de previsión y el abandono del crecimiento sin límite de las ciudades, al azar, han producido gravísimos daños a la sociedad, no solamente por las condiciones de insalubridad que frecuentemente se han obtenido, la carestía de la vida por el emplazamiento inadecuado de diversos ramos de la actividad civil y la incomodidad y malestar subsiguientes, sino porque tan deplorables condiciones de habitabilidad han preparado el terreno para que el cultivo intensivo de las ideas subversivas produjese fácilmente abundantes y deplorables cosechas.

Ha sido un error lamentable de política abandonar las ciudades al antojo de los intereses privados, sin la tutela y la vigilancia que era obligada para que se respetase en cada momento el predominio que corresponde al de la comunidad urbana. La economía liberal, que produjo el milagro de elevar el nivel medio de vida en términos tales que la mayoría de la humanidad pudo

disfrutar de las ventajas que antes estaban reservadas tan sólo a los poderosos; que puso en manos de los proletarios los medios de aprovechar los mismos medios de transporte en común que utilizaba la plutocracia y al alcance de su bolsillo mercancías que por la lejanía de su origen fueron prendas codiciadas y exclusivas de magnates, no ha llegado a encontrar la fórmula precisa para la composición urbana dentro de sus principios doctrinales sino en casos muy particulares; probablemente porque en los lugares donde el estrago de la imprevisión fué mayor se necesitaban sumas extraordinarias para poner en práctica los paliativos indispensables, ya que las soluciones definitivas eran por el momento irrealizables económicamente. Había que acometer una política territorial prudente e intencionada para lograr poco a poco una nueva distribución del valor del suelo sin producir perturbaciones graves a la economía local. Y en algunas ciudades populosas de Inglaterra se emprendieron con brioso empuje reformas interiores de gran coste, con el deseo de lograr viviendas decorosas para la mayoría de la población, procurando que la igualdad doctrinal de derechos tuviese una realidad patente en el más principal de los derechos del hombre, que es el de la existencia digna.

Tan sólo las naciones que han adquirido su desarrollo industrial con el conocimiento perfecto de los perjuicios que se produjeron en las que habían llevado la delantera, han podido sustraerse al daño que ocasiona la falta de plan orgánico compaginando sus principios de economía política con la disciplina requerida para la expansión metódica de las agrupaciones urbanas. Y así encontramos en los países escandinavos aldeas y ciudades que pueden mostrarse como ejemplos de urbanización perfecta, de la cual es obligada premisa que la totalidad de la población encuentre viviendas sanas, cómodas y agradables.

A medida que las ciudades crecen es más difícil conservar el equilibrio entre las exigencias de los diversos intereses que bullen en la aglomeración, conocer su verdadera y legítima importancia y vigilar su funcionamiento. *En la ciudad, que no es más que una asociación de seres iguales que aspiran en común a conseguir una existencia dichosa y fácil—según Aristóteles—, la belleza resulta de ordinario de la armonía del número con la ex-*

tensión, y la perfección para el Estado consistirá necesariamente en reunir una justa extensión y un número conveniente de ciudadanos. Pero la extensión de los Estados está sometida a ciertos límites, como cualquiera otra cosa, como los animales, como las plantas, los instrumentos. Cada cosa, para poseer todas las propiedades que le son propias, no debe ser, ni desmesuradamente grande, ni desmesuradamente pequeña, porque en tal caso, o ha perdido completamente su naturaleza especial, o se ha pervertido. Una nave de una pulgada tendría tanto de nave como una de dos estadios; si tiene ciertas dimensiones, será completamente inútil, ya sea por su extremada pequeñez, ya por su extremada magnitud. Lo mismo sucede respecto de la ciudad; demasiado pequeña, no puede satisfacer sus necesidades, lo cual es una condición esencial de la misma; demasiado extensa, se basta a sí misma, pero no como ciudad, sino como nación, y ya casi no es posible en ella el gobierno.

Los principios aristotélicos, por desgracia, han sido olvidados por el mundo, y no sólo en lo que al continente urbano se refiere, sino en toda la ordenación de la política de los pueblos, y las consecuencias pesan ostensiblemente sobre las generaciones actuales. *Lo que debe buscarse en la vida es la virtud... Lograr el poder por todos los medios, no sólo los justos, sino los inicuos, es trastornar todas las leyes... Basta reflexionar unos instantes para encontrar extraño que un hombre de estado pueda nunca meditar la conquista y dominación de los pueblos vecinos, consientan ellos o no en soportar el yugo... Y tantas otras sentencias muestras sublimes de amor al prójimo, que hubieran hecho del filósofo pagano un Santo Padre de la Iglesia si hubiera tenido la fortuna de nacer unos siglos después.*

Una de las mayores ventajas que puede reportar a nuestro país el retraso industrial con respecto a la mayor parte de las potencias europeas, es precisamente la de aprovechar las enseñanzas de los errores que en las grandes concentraciones urbanas se han cometido, para sustraernos al daño gravísimo que producen.

Conviene señalar en primer término que la organización perfecta de la vida de las ciudades ha de compaginarse con la explotación de los campos, en beneficio recíproco de los habitan-

tes de unas y otros. Las gentes que viven en las urbes necesitan de los productos de la agricultura y de la ganadería para subsistir, y, en consecuencia, todo alejamiento entre las zonas productoras y consumidoras se traduce en el encarecimiento de la vida. Por otro lado, la ciudad da lugar diariamente a considerables masas de sustancias residuales, cuyo almacenamiento en el recinto urbano sería fatal para la salubridad, y casualmente pueden ser utilizados en los campos como alimentos para la ganadería y para fertilizantes del suelo; si los transportes son largos y costosos, hay que destruir los residuos, desperdiciando su valor agrícola, porque la economía local no admite otro tratamiento. La aproximación del campo a la ciudad tiene la virtud de ocasionar el doble bien de dar facilidad para la utilización de los detritos urbanos y abastecer de subsistencias frescas y baratas a los consumidores de las poblaciones. Además, la inserción de las extensiones agrícolas en zonas urbanas es requisito indispensable para conseguir una estructura completa en la gran población, porque de otro modo no puede lograrse el mantenimiento de la pureza del aire en todo el ámbito poblado. Resulta, por lo tanto, que esta función aireatoria, que los espacios libres cubiertos de vegetación tienen asegurada en los conjuntos urbanos, se complementa con el eficacísimo auxilio que prestan a la salubridad de las zonas habitadas, tanto en la destrucción de materias nocivas como en la provisión de alimentos frescos.

Sobradamente conocido es el hecho de que la vida resulta más barata en las poblaciones rodeadas de huertas fecundas que las situadas en terrenos de escasa productividad. Y como el rendimiento agrícola se mejora con la utilización de los residuos de las ciudades, tales como las basuras, estiércoles, y en ocasiones las aguas negras, no cabe duda que se ha de lograr una reducción considerable en la creciente carestía de la vida, que tantas lamentaciones levanta en todas partes, si se acierta a coordinar el desarrollo de las agrupaciones urbanas con la progresión del agro.

Por lo común, nuestras ciudades pueden considerarse invertebradas, porque carecen del esqueleto o armazón fundamental sobre el que puedan adherirse las nuevas viviendas que en el transcurso de su evolución tengan que construirse siguiendo el

aumento de censo demográfico. Las necesidades imperiosas de cada momento han servido como norma única de urbanización, y un día en este lugar y otro día en aquel otro, han surgido esporádicamente casas aisladas o grupos de edificios de las más extrañas formas y divergentes destinos. Al amparo de tales núcleos iniciales, y a veces con la formación de otros nuevos, se ha cubierto por completo el área urbana sin orden ni concierto. Después han comenzado a manifestarse los inconvenientes: insuficiencias de calles para encauzamiento del tránsito, dificultades de acceso a los edificios colectores de muchedumbre, falta de lugares de recreo y expansión de los vecinos, encarecimiento de la vida por defectuosa organización de los abastos, insalubridad doméstica como consecuencia de la renovación insuficiente del aire y todos los rigores y molestias que las imprevisiones acarrean.

Y cuando en medio de tan adversas circunstancias se ha propuesto la introducción de mejoras, no han obedecido siempre a una idea de conjunto ni han seguido el orden de prioridad recomendable, sino que se ha empezado por acometer lo más llamativo, que generalmente era lo menos importante. ¡Cuántas poblaciones han construído o proyectado grandes y fastuosas vías sin tener resuelto el problema agobiante de la vivienda! Ante las magníficas realizaciones de Napoleón III y Haussmann en París, de insuperable suntuosidad, no puede uno menos de recordar la fórmula de Bentham, el filósofo del individualismo, «el máximo bienestar para el mayor número posible», cuando se repara en la muchedumbre que vive en sórdidos edificios, hacinada, sin luz ni aire, al borde mismo como quien dice, y para mayor escarnio, del fausto provocativo de las soberbias avenidas.

Es claro que las obras de arte urbano no son regalo privado de los habitantes vecinos, sino que constituyen el patrimonio público, y a todo el mundo le está permitido el disfrute de su admiración, aunque los que vivan en los barrios favorecidos han de encontrar, como es lógico, la ventaja de su proximidad. En este sentido, la composición de la ciudad ha de cuidarse en todos los distritos para que la grandiosidad de las concepciones arquitectónicas, a tono siempre con los medios disponibles y la calidad de los edificios, no se reserve exclusivamente para ciertos

lugares, antes bien, logre la más amplia difusión. Con ello se consigue la educación espontánea de las masas en el sentimiento de la belleza.

Pero hay gradaciones en las necesidades que deben considerarse al prescribir su ordenación, tomando siempre como punto de partida obligado que cualquiera de las obras que se emprendan al mejorar una ciudad ha de obedecer imperiosamente a los dictados del arte, porque de otro modo no puede tener jamás justificación ni disculpa. Hay que atacar porfiadamente el error, tan extendido y aceptado, de que el arte resulta caro. Lo que resulta caro y desgraciado es el empleo de aficionados en las empresas de todas índoles, que, por modestas y sencillas que parezcan, requieren talento, preparación y técnica.

Solamente puede explicarse el menosprecio general de las capacidades específicas, por la ignorancia que suele haber de las profesiones entre aquellos mismos que las practican. Sin duda alguna, el no saber nada de nada, y el no haber aprendido jamás cosa alguna de provecho, influye mucho entre los que han logrado un título académico o una situación social significativa o sobresaliente, para decidir la osada postura que adoptan frente a cuestiones que desconocen. ¿Quién no opina en materia de arte? Y, sobre todo, ¿quién no tiene sus problemas planteados y resueltos en la organización de la ciudad, con todos sus pormenores de índole práctica y todos sus detalles artísticos? El que más y el que menos lleva preparado su proyecto de «Gran Vía», que si no lo pone en práctica es porque las circunstancias—alguna vez las circunstancias han de sernos favorables—no le permiten alcanzar la posición que otros con menos méritos lograron. Si cualquier ciudadano tiene su «Gran Vía» es porque hay muchas «Grandes Vías» que pueden, desde luego, atribuirse a ciudadanos cualesquiera. Y será necesario una perfección constante de las profesiones y una multiplicación de los profesionales competentes para lograr el mutuo respeto y la consideración de la sociedad. A fuerza de presenciar fracasos, la gente se ha vuelto escéptica, y cuando se halla frente a un proyecto estudiado, completo y discreto, usa la medida que le sirvió para fustigar, sin razones pero con acierto, otras fantasías que se le mostraron como realizables y que fracasaron porque fatalmente tenía que

ocurrir así. En cambio, a veces consiguen unánime elogio tontearías perfectamente logradas.

Entre acabar bien o mal una cosa no va más que una sutilísima diferencia, que desde luego no es de tipo económico. Muchas veces, el acabado defectuoso cuesta más que el perfecto, porque depende tan sólo de la habilidad de quien lo lleva a cabo; es decir, que es una cuestión de arte. El arte—decía Lethaby—consiste en hacer bien las cosas que tengan que hacerse. Y la tradición, desgraciadamente perdida, en cuestiones del bien hacer, y en otras muchas, es la única capaz de lograr el perfeccionamiento del arte. La falta de educación en todos los órdenes, que es el más grave de nuestros males, permite el desprecio de la obra de arte en toda su integridad, de la belleza de la forma adecuada a la función, con ese soplo espiritual del perfecto acabado, que difícilmente podrán comprender los que nunca hicieron nada con entusiasmo y competencia.

Nos hallamos en uno de esos graves momentos históricos que sólo encuentran paridad en las narraciones del Antiguo Testamento. La Humanidad, cansada por lo visto de tanto bienestar como había logrado en nuestra civilización cristiana, o ignorante de los dones que la Providencia le había concedido, que sólo se conocen cuando se pierden, se halla en trance de emprender caminos desconocidos. Hay, sin embargo, cuestiones que desde que se estudiaron por primera vez lograron su perfección y pueden, en consecuencia, considerarse como clásicas; entre ellas ha de incluirse la composición de las poblaciones. No por ser materia que haya dejado de figurar en tratados especiales puede estimarse que es nueva. De tiempo en tiempo encontramos en la historia referencia a sus principios, pero en todas las poblaciones del mundo, con tácito acuerdo, se han seguido normas análogas, y hasta en los tiempos modernos se ha caído por igual en los mismos errores. Existe experiencia bastante para afirmar cuál es la buena estructura urbana y cuándo deberán tomarse precauciones especiales para fijar el área urbana al crecer desmesuradamente la población. A pesar de que en la civilización helénica no se llegó a las aglomeraciones ingentes de nuestra época, porque al desbordar la capacidad del recinto urbano emigraban el excedente para colonizar nuevas tierras, Hipódamo de

Mileto, el primer arquitecto que, al decir de Aristóteles, se ocupó en dar normas para el trazado de poblaciones, fijó el número de habitantes que a su entender debieran admitirse como límite de la comunidad civil.

Las grandes capitales han desplazado de sus centros principales toda posibilidad de residencia, y el mundo de los negocios que en ellos se ha establecido obliga a sus empleados a recorrer diariamente distancias de decenas de kilómetros para llegar a sus hogares, situados en agrupaciones urbanas que los ingleses denominan, con indudable acierto, ciudades dormitorio. Las corrientes modernas recomiendan el desplazamiento simultáneo de las industrias y comercios con la población ocupada en ellos. Si una ciudad crece con exceso, no hay que dar lugar a que se establezcan fábricas y almacenes donde antes existían solamente habitaciones, sino que conviene mejor crear un núcleo satélite con el desplazamiento de determinadas actividades y de la masa de servidores, una ciudad con vida propia, con toda la intimidad de relaciones con la primitiva que sea necesaria para su progreso, pero con todos los caracteres de individualidad que permitan organizar su especial funcionamiento en beneficio del común de los vecinos.

Los trazados de tablero de ajedrez, tan del gusto de los que sienten alguna inclinación hacia los problemas urbanos, han desconocido sistemáticamente la verdadera manera de ser de las poblaciones. En las sencillas y primitivas aldeas se encuentra la forma elemental que corresponde a un núcleo urbano en el que las actividades de tipo colectivo se pueden lograr cómodamente para todos los habitantes en la plaza del mercado, que con el doble carácter del ágora de los griegos y del foro romano, con su casa del ayuntamiento y su iglesia, reúnen en un centro único los medios de colmar plenamente la satisfacción de las necesidades espirituales, administrativas, comerciales y políticas. A lo largo de los caminos que parten de la plaza y se pierden en los campos, los aldeanos construyeron sus viviendas con todos los aditamentos necesarios para el desempeño de sus peculiares actividades industriales: cuadras y corrales, graneros y pajares, almazaras y bodegas. Se encuentran situados en lugar adecuado para llegar fácilmente al campo donde tienen la ocupación coti-

diana, y en relación breve y rápida con el centro de vida comunal, concentrado en la plaza. La estructura de la aldea, que se considera como la célula urbana elemental, tiene un límite territorial que puede alcanzar para diez mil habitantes, o sean cincuenta hectáreas, a razón de doscientos por unidad. Más allá de este límite, fijado por Hipódamo, ya no resulta cómoda la estructura monocelular, y conviene buscar una nueva disposición que multiplique el número de centros cívicos a medida que aumente la población. Las ciudades policelulares pueden satisfacer cómoda y económicamente las necesidades de los vecinos, si se acierta con el emplazamiento de los centros cívicos como puntos principales de los núcleos urbanos y se relacionan entre sí y con la red trascendente del tránsito por medio de vías arteriales proporcionadas a su cometido y dispuestas sobre el terreno de manera que produzcan la comunicación de más fácil recorrido.

Hasta reunir un millón de habitantes, con una extensión de cinco mil hectáreas, la agregación ordenada de núcleos urbanos con la red arterial de tránsito bien dispuesta y la repartición de espacios libres cubiertos permanentemente de vegetación, por todo el ámbito urbano, puede considerarse que es capaz de producir una ciudad perfectamente constituida y apta para el funcionamiento normal. Pero cuando el número de habitantes sobrepasa de aquel límite, es necesario segregar en masa aquellas actividades más susceptibles de constituir ciudades satélites, que es en definitiva seguir las normas emigratorias señaladas por los griegos, aunque sin perder la relación directa con el núcleo originario. De este modo, el número de habitantes de una gran ciudad puede seguir constantemente en aumento; pero, a pesar de que se conserva el funcionamiento del conjunto de poblados como unidad orgánica, cada uno de ellos tiene elementos propios de vida con existencia autónoma. Para ello es indispensable que las zonas agrícolas que limiten y envuelvan a cada una de las áreas urbanas tengan la extensión proporcionada a su cometido mínimo, que es el de lograr la purificación del aire, que se empobrece en los lugares habitados, y conservar permanentemente la capacidad de destrucción de los residuos urbanos, con aprovechamiento reversible sobre el abastecimiento del vecindario.

Estas normas no pueden transformarse en recetas numéricas, sino que han de aplicarse en cada caso por técnicos especialmente capacitados en las difíciles disciplinas urbanológicas, con la elasticidad que requiere la extraordinaria variedad de climas, topografías, costumbres y necesidades que se ofrecen en las distintas comarcas.

La nueva morfología de la gran ciudad constituye un compuesto urbano intermedio entre los primitivos poblados y la comarca. Su realización obliga a tomar, desde luego, medidas preventivas, por medio de los planes normales comarcanos, para que en el momento de expansión acelerada de cualquier clase de aglomeraciones civiles se halle la estructura conveniente de la red arterial de tránsito y las reservas de espacios libres dedicados a la agricultura que permitan conservar la organización integral y perfecta que conviene a la inmensa muchedumbre guiada por el afán común que le invita a vivir en comunidad.

Y si el gusto de las gentes decide conservar la comunicación entre ciudades satélites entre sí y con la ciudad principal por medio de vías edificadas sin solución de continuidad, para que la sensación interna sea la misma que se logra en las actuales capitales que reúnen varios millones de habitantes, aunque sin el beneficio de una organización perfecta, apoyada en un esqueleto idóneo, las «ciudades lineales», de creación española, como está reconocido universalmente, resuelven por completo los enlaces entre las zonas urbanizadas.

León Bautista Alberto, en «Los diez libros de la Arquitectura», trata de las cuestiones de Urbanología como materia propia del arquitecto. «De las calles más principales de las ciudades, y cómo se adornan los puertos, puertas, puentes, arcos, encuentros de calles y las plazas». «Del diverso ornato de las calles de la ciudad y que en las de fuera de la ciudad se aprobará el ornamento de la villa y el de dicha ciudad». «La región de la ciudad, el asiento, la forma, el sitio, los cómodos e incómodos. Si es mejor en los montes, en el llano o en riberas...». «De la redondez, espacio y anchura de la ciudad, las figuras de los pueblos y muros...». De todo, en fin, lo que a las poblaciones se refiere, así como a las comarcas donde se establezcan. Y acoge pareceres coincidentes de Plinio y de Vitruvio.

La urbanización aparece desde los tiempos más remotos como problema fundamental de arquitectura, y continúa siéndolo, con todas las consideraciones que en nuestra época deben darse a las instalaciones y detalles que aportan comodidad a los vecinos, pero teniendo siempre, como premisa obligada, la obtención de una forma artística capaz de envolver el conjunto de las disposiciones previstas para la satisfacción de las necesidades materiales.

DISCURSO CONTESTACIÓN DEL  
EXCMO. SR. D. MODESTO LÓPEZ OTERO





Señores Académicos :

Nuevamente cumpla con el honroso encargo de contestar, en nombre de nuestra Corporación, al discurso de recepción de un Académico electo, dos veces compañero : de profesión y de profesorado. A esta doble afinidad se añade en la ocasión presente la para mí gratísima circunstancia de haber sido el señor Cort discípulo de la Escuela de Arquitectura de Madrid, tan honrada por vosotros en las personas de muchos de sus antiguos alumnos.

Llegó a ella el nuevo Académico, no con los conocimientos generales preparatorios, normales en nuestra juventud aspirante, sino poseyendo la carrera de ingeniero industrial, cuyos difíciles estudios no disminuyeron los enormes recursos de capacidad, de voluntad y de energía de quien se propuso emprender paso a paso otra espinosa disciplina, bien diferente de la recién terminada, teniendo que agregar a nuevas adquisiciones científicas, refinadas pruebas de artística aptitud. Aquellas sobresalientes condiciones le permitieron, poco tiempo después de logrado el título de Arquitecto, ganar en oposiciones, que forzosamente habrían de resultar brillantes, una Cátedra de la misma Escuela, en la que se dedica, desde hace muchos años, a la importantísima tarea de formar arquitectos urbanistas, es decir, los artífices de la ciudad.

Hasta hace poco tiempo, los estudios del urbanismo en nuestra enseñanza eran elementales e incompletos, reflejo del escaso interés que ha existido en España por estos importantes proble-

mas, repitiéndose el caso frecuente de haber sido iniciados aquí unos estudios antes que en parte alguna, abandonándoles con indiferencia, para resurgir cuando ya en los demás países se consideraban como preocupación ineludible de los Estados.

Resucitadas estas cuestiones en diferentes sectores de la vida española, contribuyen hoy a su atención y desarrollo la creciente aplicación y provechosa actividad de los jóvenes especializados, procedentes de nuestra Cátedra de «Urbanología», completados en el particular estudio, y la ampliación conveniente, siempre con la primaria orientación recibida del nuevo Académico.

A esta generación de arquitectos urbanistas están confiados los problemas difíciles y trascendentales de nuestras viejas y nuevas ciudades españolas. A su competencia tienen que entregarse el estudio y la resolución de tales problemas—muchas veces inaplazables—, ya que el arquitecto es el urbanista por excelencia, el único vero-urbanista, tanto por la posesión de su técnica específica como por su condición de artista dotado de la imprescindible sensibilidad.

Porque la ciudad es obra de arte : de bella arte. Obra de arquitectura : de pura arquitectura. Es ordenación material de funciones diversas, con órganos adecuados, que se relacionan en un todo con las debidas independencia y categoría, pero, y esto es lo importante, con un propósito de belleza en la absoluta perfección de aquel funcionamiento.

La ciudad es integración de edificios, y como el edificio, ofrece el doble aspecto funcional y espiritual; aquí, funciones diversas y órganos adecuados de la vida individual o familiar; allí, de la vida colectiva, y siempre expresión del carácter, del modo íntimo y con aspiración suprema de belleza.

Así, la misión del urbanista, en su problema concreto, se funda en análogas consideraciones que la del arquitecto ante el edificio; de donde, la exigencia de orden sensible, de capacidad artística, que sólo el arquitecto puede acreditar, precisamente por la probada aptitud al comienzo de su educación estética y consiguiente desarrollo.

Claro es que en el problema urbanístico se contienen otros aspectos fundamentales, ajenos, aunque no extraños, al arquitecto, tales como el viario, el jurídico, el sanitario, el económi-

co, etc., constituyendo un complejo de orden social y hasta político—en el buen sentido de la palabra—que impone adecuadas colaboraciones. Pero son, después de todo, datos del problema general, que no dificultan una conclusión premeditadamente estética; antes al contrario, su acertado planteamiento y solución con tal prejuicio, lograrán la perfección de la urbe, tan cumplida en su doble objeto: útil y bello.

El trazado urbano tiene, como el de la vivienda aislada, finalidades utilitarias, pero al mismo tiempo otras elevadas y nobles. Con carácter individual o colectivo, el proceso creador es semejante. Más arduo y difícil en el del proyecto urbano, que ha de estar íntegramente supeditado a consideraciones de generalidad. De aquí la enorme responsabilidad del arquitecto urbanista, que es, al fin, el creador del fondo donde se desarrolla nuestra vida de relación y donde diariamente, y fatalmente, las perspectivas gratas o ingratas, los contrastes logrados o no, la armonía conseguida o fracasada, que se originan de los trazados funcionales, son objeto de permanente contemplación y ejercen en nuestro espíritu una influencia constante.

Precisamente el no estimar, ante todo y sobre todo, a la ciudad nueva o vieja como obra de arte, es decir, el considerar el aspecto artístico sólo como un aspecto secundario del problema total, y no como su objetivo más elevado, ha dado lugar a que muchas veces, en nuestras juntas semanales, hayáis sentido, señores Académicos, porque sois artistas, inquietud y aun indignación, ante el propósito de destruir la fisonomía de nuestras viejas ciudades por mutilaciones absurdas, o de alterar su carácter por la adición de zonas urbanas desligadas del núcleo tradicional; todo ello, casi siempre, motivado por causas indefendibles, a las que siguen estudios ausentes de todo sentido artístico, impuestos muchas veces por el interés, la improvisación o la incompetencia...

Es cierto que nuestras ciudades históricas, concentradas en el recinto amurallado para su defensa, apretadas al cobijo del castillo o del alcázar y de la iglesia mayor para su protección y amparo, y dotadas de una vida colectiva tan densa, como para entonces bien organizada, no pueden estar condenadas en el cambiar de los tiempos a una eterna inmovilidad, planteándose

así graves problemas de evolución y extensión, que sólo un poseedor de criterio artístico puede abordar. Muchas de estas viejas ciudades, fundadas y desarrolladas sin trazado científico, pero con buen sentido de adaptación, han crecido sin leyes estéticas, con la belleza intuitiva de lo popular, llegando a nosotros por la grata fusión del tiempo, la tradición y el carácter, en conjuntos maravillosos, cuya adulteración sólo puede evitar un urbanista dotado del gusto y buen sentido de aquel que profesa bien la arquitectura.

La preocupación de esta custodia ha conducido recientemente a algunas ciudades a la alta consideración de monumento nacional. Pero es tal, por fortuna, la magnitud de esta riqueza urbana histórica y artística, que bien pudiera, con el mismo propósito, considerarse a España entera monumento universal.

Véase, pues, la importancia de la educación de nuestros arquitectos en Urbanismo. A ellos les está encomendada la tarea de vigilar y cuidar amorosamente la vieja ciudad, sin perder de vista sus problemas de evolución y tradición, tarea ardua y de enorme responsabilidad.

A ellos, a los arquitectos urbanistas, les compete también, exclusivamente, concebir los planes de extensión y trazado de las nuevas zonas urbanas y de las nuevas ciudades, dentro de comarcas y regiones sabiamente definidas. Su técnica, sus facultades y su temperamento bien cultivado les permiten, a ellos solos, concebir la ciudad en una síntesis primaria, surgida como el boceto y el croquis, por la fuerza de la inspiración, bordada en la trama de los datos y argumentos que luego, es claro, han de desarrollarse con otras colaboraciones. Debe ser el arquitecto el único creador y ordenador inicial y el que, al fin, ha de dirigir la gran empresa colectiva.

Afortunadamente, esta formación del urbanista, tal como nosotros debemos estimarla, está encomendada al profesor que hoy recibe la Academia de Bellas Artes. A él llegan nuestros alumnos después de un proceso intenso de educación artística, con el espíritu debidamente preparado para el estudio de la composición de las ciudades como obra de arte, agregándoles los conocimientos fundamentales de salubridad, de estadística, de economía, de circulación, en un total y complicado sistema de or-

ganismos especiales. El puede hacerlo por hallarse en posesión de una técnica completa, a la que debe añadirse su cultura, su base científica de ingeniero, su competencia de especialista acreditado, su experiencia y la información constante en el progreso de esta disciplina urbanística, tan activa y extensa.

Como no podía menos de suceder, la capacidad y dotes de este catedrático, su gran preparación y su entusiasmo, no se limitan a la función pedagógica, sino que se extiende a la redacción de numerosos proyectos, algunos realizados en varias capitales de España, y su autoridad es solicitada para asesorar y elegir en concursos de la misma índole.

Su preocupación divulgadora de las cuestiones urbanas es constante. Además de libros ya publicados y otros que prepara, son numerosos sus artículos profesionales, conferencias y folletos, en los que trata de educar al público, y a los que, de algún modo, pueden y deben intervenir directamente en estos problemas, tanto en su planteamiento como en su realización. Tal aspecto misionero le llevó a la política municipal, donde su firmeza de convicciones y pureza de ideales le obligaron a censurar y flagelar la ignorancia y las malas artes, en momentos en que, vísperas del inicuo y terrible período rojo, se necesitaba para ello verdadero valor, motivándole después persecuciones de todo género; pero ni en la prisión ni en el asilo, no desmayó su afición y entusiasmo, y allí escribió, en medio de inquietudes y privaciones, un libro de su especialidad.

Tal actividad inteligente, origen de bien ganado prestigio, le ha conducido a los consejos de la Comisión Central de Sanidad, del Instituto de la Vivienda y de la Junta Técnica de Reconstrucción de Madrid, donde presta excelentes servicios. Y su nombre es estimado en el extranjero por su intervención frecuente en congresos de urbanismo y su relación y trato con los eminentes colegas de otras naciones.

Por último, y cuando, afortunadamente, nuestro país comienza a revalorizarse en su verdadero espíritu y esencia, y todas las manifestaciones de la vida nacional tratan de adquirir la singularidad debida a nuestra propia sustancia, reconquistando de este modo la debida personalidad, el señor Cort funda una agrupa-

ción de extraordinario interés: la Federación de Urbanismo y de la Vivienda de la Hispanidad.

Su objeto es certero y oportuno: llevar las necesidades modernas de la ciudad a nuestro modo de ser, físico y espiritual, extendiéndolas también por la América española. Es cierto, aunque no se haya estudiado ampliamente, que con nuestra conquista se introdujeron los hábitos de la vivienda y la organización de las urbes de la metrópoli en los poblados coloniales, en las rústicas misiones y en las ciudades de los virreinos, dándolas nuestro modo y carácter, quizás en lo más crudo y popular, pero, por ello mismo, en lo más natural y propio.

Conservar esta tradición, por otro lado llena de sabias adaptaciones, que no excluye el cumplimiento de las exigencias de la vida moderna en aquellos pueblos de nuestra misma manera de ser y de sentir, es el objeto de dicha Asociación, que ayudará a mantener las debidas relaciones entre todos los que componen el mundo hispánico.

Las inquietudes y preocupaciones a que antes aludía, respecto a los problemas de nuestras ciudades históricas, van a ser asistidas y aliviadas con la presencia y el consejo de este competente Arquitecto, maestro de urbanistas, que hoy recibe solemnemente la Academia de San Fernando, y que viene a suceder a otro profesor de mi Escuela, a quien dedico un piadoso recuerdo. De esta nueva colaboración, señores Académicos, debemos felicitarnos, pues nunca más que ahora nuestras tareas tienen que intensificar su actividad y eficacia al servicio de la nueva España, a la que todos estamos obligados para su bienestar y su grandeza.

TIP. YAGÜES  
PLAZA CONDE BARAJAS, 4  
— MADRID —